

**PALABRAS DE APERTURA DEL SEMINARIO
"LA PARTICIPACION DEL CIBAO Y EL NORTE
EN EL PROCESO DE COLONIZACION DE LA ISLA**

Por Ricardo Miniño*

Permítanme saludarlos y darles la más calurosa bienvenida, en nombre del señor Rector de la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra y en el mío propio, a este Seminario sobre "La participación del Cibao y el Norte en el proceso de colonización de la Isla".

El seminario pertenece a la serie de actividades que el Departamento de Historia y Geografía organiza periódicamente. Estas incluyen, entre otras cosas, ciclos de cine histórico, ciclos de conferencias y jornadas monográficas, como esta. No se trata, por tanto, de una actividad festinada para cumplir con los compromisos de un calendario especial, sino de un encuentro con netos objetivos pedagógicos, preparado con laboriosidad y cariño, con la intención de profundizar conocimientos, divulgar hallazgos y despertar la curiosidad de los estudiantes para que vayan ampliando su panorama intelectual y satisfaciendo su sed de información exacta y bien documentada sobre temas históricos.

*) Vicerrector Académico de la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra.

No quisiera pasar por alto el hecho de que nos encontramos en el año del trigésimo aniversario de la Universidad. Es obvio que la madurez de una institución no se mide precisamente por los años cumplidos; sin embargo, resulta innegable que treinta años de docencia, investigación y servicio, siempre de primera clase, nos han permitido alcanzar un nivel de madurez académica que bien puede llenarnos de satisfacción a todos los miembros de esta comunidad universitaria. Entre los expositores de hoy, algunos han enseñado aquí la mayor parte de estos treinta años; hay alguno que tuvo funciones directivas desde momentos muy tempranos de la institución; y no faltan quienes se iniciaron con nosotros como estudiantes y hoy nos honran como destacados docentes en sus respectivas áreas. Todos ellos, junto con los invitados especiales, han tenido suficiente poder de convocatoria para que nos sentemos a revisar algunos aspectos, del mayor interés, relacionados con acontecimientos que pertenecen, de pleno derecho y sin exageración de ninguna especie, no sólo a la historia de la zona, de la Isla y de América, sino a las páginas más cimeras de la historia universal.

El tema del Seminario no es de carácter localista. Realizaremos, ciertamente, lo regional, cosa siempre legítima, pero lo haremos esta vez con la plena convicción de que muchas primicias del Nuevo Mundo pertenecen a nuestras costas atlánticas y a diversos puntos del Cibao.

Resulta así plenamente razonable que el presente Seminario, por voluntad expresa de sus organizadores se haya inscrito dentro de la lista de actividades conmemorativas del Quinto Centenario del Descubrimiento y la Evangelización de América.

Naturalmente, no ignoramos ni queremos desconocer que el Quinto Centenario puede provocar en las generaciones actuales evocaciones muy dispares. No hubo sólo Descubrimiento y Evangelización. Hubo también Colonización y, antes de ella, Conquista.

Estas realidades, hasta cierto punto más profanas que es-

pirituales, tuvieron mucho de epopeya. Y la epopeya, en todas partes y más para el mal de la humanidad que para su bien, siempre conllevó sangre, mucha sangre, conductas arbitrarias, arrogancias extremas, atropello de los desvalidos, violaciones, fraudes...

Pero toda epopeya, en el mismo meollo de su crudeza, lleva también ciertos componentes de humanidad más apacibles: por ejemplo, el *eros*, que puede culminar en rompimiento de prejuicios y barreras; la compasión hacia el prójimo que sufre; el sano heroísmo de quien se inmola por el bien de los otros, y numerosas semillas de bondad que Dios hace germinar en los corazones que deponen el orgullo y confían en que la superación del vacío existencial y la liberación han de llegar, definitivamente, no por las armas, ni por la riqueza, ni por el poder, sino a través de una fraternidad humilde y solidaria en la práctica del bien.

Pienso que en la realización de algunas realidades de la vertiente positiva de la Colonización, los conquistados y los esclavos, más que alumnos de los conquistadores y de los amos, fueron sus maestros. Y si la predicación del evangelio acabó por prender en estas tierras esto se debe, por una parte, a que no todos los europeos eran tan malos cristianos como a veces nos figuramos, y por la otra, a que las nuevas poblaciones cristianizadas, es decir, los aborígenes y los africanos, estaban ya bien dispuestas de antemano, por la acción inefable del Espíritu, para acoger el anuncio de la buena nueva.

Antes de dar paso a las exposiciones de este Seminario, que nos podemos prometer que han de ser brillantes y esclarecedoras, quisiera recordar el nombre de Juan Mateo, primer cristiano nuevo de la Isla que murió con el nombre de Dios en los labios. Me inclino a pensar con Pané que fue un verdadero mártir; pero aunque no lo haya sido, como opina el Padre Las Casas, no deja de ser el primer símbolo que se levantó en el Norte de esta Isla para manifestar que la aceptación del cristianismo siempre genera suspicacias e incomprensiones de parte de algunos, siempre exige renunciaciones y nunca está libre de riesgos, incluyendo el de tener que dar la vida por la fe que se abraza.

Mis felicitaciones a la Facultad de Ciencias Sociales y Administrativas y al Departamento de Historia y Geografía por esta feliz iniciativa, a los organizadores y expositores por su valiosa y desinteresada aportación para el éxito del Seminario. Y a todos los presentes, muchas gracias, por acompañarnos, en esta hermosa mañana de marzo de 1992, después de una víspera que también es memorable por la bendición de la lluvia que nos trajo.

Muchas gracias.